



Traducción : Leo

Acostado boca arriba en la tierra empapada de energía, comenzó a reír. Al principio bajo, casi un susurro, una risa reprimida que parecía surgir de lo profundo de su garganta. Pero en cuestión de segundos, el sonido explotó.

Fue una risa feroz, cargada de algo que nadie allí podía descifrar inmediatamente: alivio, locura, poder o tal vez todo a la vez. Vergil rodó por el suelo como si acabara de escuchar el chiste más divertido que existe.

Sepphirothy, con su largo cabello negro ondulado, inmediatamente entrecerró los ojos. Ella no dijo nada, sólo miró. Su expresión tranquila ocultaba un brillo en sus ojos que la traicionaba: había entendido algo que ninguno de los demás había entendido.

Zafiro, la pelirroja demoníaca, cruzó los brazos y levantó una ceja, mirando a Virgilio como si fuera un espectáculo de circo.

"Lo ha perdido por completo." Su voz contenía ironía, pero también un toque de molestia. "Típico."





Katharina, con su postura siempre impecable, fue la primera en acercarse. Su cabello dorado se balanceaba mientras caminaba hacia su marido, que todavía reía como un loco.

"¡Vergil!" Ella llamó, con un tono entre regaño y preocupación. "¿Qué te está pasando?"

Pero él no respondió. Él simplemente se rió más fuerte, tan fuerte que las lágrimas brotaron de sus ojos. Se dobló, jadeó y se dio una palmada en el pecho como si necesitara recuperar el aliento, pero no pudo parar.

"JAJAJAJAJA!" Vergil pateó el suelo, casi ahogándose, y por un momento pareció que se iba a desmayar de tanto reír.

Ada, con su habitual calma, se puso una mano en la cadera y suspiró. "Ridículo," murmuró. "Ha perdido la cabeza."

Roxanne, por su parte, se tapó la boca con la mano, sorprendida. "Esto no es normal... él... él es... diferente."

Stella, siempre más directa, cruzó los brazos y resopló. "Tsk. Él simplemente está siendo dramático. Quizás finalmente haya perdido la cordura que le faltaba."

Rafaelina, con sus ojos siempre atentos y la postura de su guerrera, se mantuvo firme, pero claramente incómoda. "No... no es sólo un arrebató. Siento... algo." Su mano instintivamente se dirigió hacia la espada que tenía en la cintura.

Vanny y Rize se miraron, confundidos, sin comprender. Titania, el hada, agitaba sus alas inquieta, revoloteando hacia adelante y hacia atrás como si







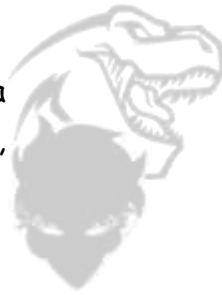
buscara alguna señal en el aire. Zuri, siempre más reservado, simplemente murmuró suavemente: "Ha cambiado."

La risa de Virgilio finalmente comenzó a desvanecerse, convirtiéndose en jadeos de aliento. Se levantó lentamente, todavía sentado en el suelo, pasando la mano sobre su rostro manchado de lágrimas.

"Jaa... jaa... jajajajaja..." Dejó escapar unas cuantas risas cortas más, tratando de recomponerse. Sus ojos azules brillaban de forma antinatural, intensa, casi salvaje.

Katharina, ahora a su lado, se arrodilló y le agarró el brazo, tratando de obligarlo a mirarla. "¡Vergil, escúchame! ¿Qué pasó? ¿Por qué te ríes así?!"

Se giró para mirarla, todavía jadeando, y por un momento pareció que iba a estallar de risa otra vez. Pero él se controlaba a sí mismo. Una amplia sonrisa, casi infantil, se extendió por sus labios.



"Katharina..." dijo entre risas. "Yo... tengo un gran problema."

Silencio.

Todas las mujeres que lo rodeaban lo miraban como si acabara de decir la cosa más absurda del mundo.

"... ¿Un gran problema?" Katharina repitió asombrada. "¿Eso es todo?"

Vergil volvió a reír, esta vez más tranquilo, como si saboreara su propio secreto.





Zafiro frunció el ceño. "¿Qué carajo quieres decir con eso? ¿qué trato?"

Virgilio levantó la cabeza, con la sonrisa todavía grabada en su rostro, y pasó los dedos por su cabello plateado, alejándolo de su rostro ensangrentado. Sus ojos brillaban de travesuras.

"No lo entenderás", dijo simplemente. "Al menos, ahora no."

"Has perdido la cabeza." Ada cruzó los brazos con impaciencia.

"No..." Sepphirothy habló por primera vez. Su voz era tranquila pero firme y todos se volvieron hacia ella. "Él no se ha vuelto loco."

Vergil le echó un vistazo rápido. Una mirada silenciosa, llena de complicidad. Sepphirothy mantuvo la mirada seria, pero no reveló nada.

Katharina todavía sostenía el brazo de su marido, perpleja. "Vergil... dime, ¿qué hiciste?"

Soltó una breve risa, inclinando la cabeza hacia un lado. "Conseguí algo que ninguno de ustedes podría imaginar. Un contrato, un bono, una... inversión."

Titania frunció el ceño confundida. "¿Inversión? ¿Con quién?"

"Con la peor pareja posible," Zafiro se quejó. "Tienes que."

Virgilio sólo sonrió más ampliamente, el brillo salvaje en sus ojos era más fuerte que nunca.







"Digamos simplemente... ahora ya no estoy solo."

Vergil se sentó unos segundos, saboreando las reacciones incrédulas que lo rodeaban. El silencio del claro parecía aún más pesado, como si incluso los árboles estuvieran esperando su siguiente palabra. Luego puso sus manos en el suelo y se puso de pie.

El movimiento era lento, casi perezoso, pero el aura que emanaba de él no dejaba lugar a dudas: ya no era el mismo hombre que había caído de rodillas minutos antes. Sus músculos crujieron, y cuando levantó los brazos por encima de la cabeza para estirarse, parecía como si incluso el aire a su alrededor vibrara con ellos.

"Haaah..." suspiró, como si finalmente hubiera soltado un viejo peso. "Nada mejor que cerrar un trato rentable."

Inclinó el cuello de un lado a otro, con las grietas resonando como huesos rompiéndose, antes de bajar los brazos y ajustar la capa. La sonrisa nunca salió de sus labios —esa sonrisa segura, casi arrogante, que todos allí conocían bien.



Sus ojos azules brillaron y entonces Virgilio abrió los brazos como si presentara un escenario entero.

"El territorio..." dijo con firmeza, alargando cada sílaba. "Es todo nuestro."

Las palabras cayeron como martillos en el silencio. Roxanne se tapó la boca con la mano, Titania dejó de batir las alas e incluso Zafiro abrió ligeramente los ojos, demasiado sorprendida para ocultarlo.





Katharina parpadeó un par de veces, tratando de asimilar lo que había dicho.  
"Tú... estás diciendo eso—"

"Exactamente," Virgilio la interrumpió bruscamente. "No hay más discusión, no hay negociación. Este lugar, este claro, este árbol... todo está ahora bajo nuestro control."

Ada arqueó una ceja sospechosa. "Hablas como si hubieras puesto cadenas en algo que no se puede encadenar."

Virgilio le dirigió una mirada aguda, casi divertida. "¿Cadenas? No." Levantó un dedo y lo movió como un niño regañando. "No encadeno. Yo negocio. Y cuando negocio... gano."

Stella resopló, pero no respondió.

Sepphirothy permaneció en silencio, simplemente mirando, pero una leve sonrisa curvó sus labios por un momento —sutil, casi imperceptible, pero reveladora de que sabía exactamente lo que había sucedido.

Luego, Virgilio giró sobre su talón y su abrigo plateado ondeó con el movimiento. Dio unos pasos hasta el borde del claro, y el sonido de sus botas contra la tierra resonó como martillos en el pecho de quienes lo observaban.

Él se detuvo. Respiró profundamente. Y sin darse la vuelta, dijo con esa calma cortante:

"Ya basta de perder el tiempo aquí." Su tono era seco, definitivo. —Es hora de volver a casa.

